

*Relatos  
pasajeros*



**Relatos**  
pasajeros



© De los autores  
© Junta de Andalucía  
Consejería de Obras Públicas y Vivienda

**Coordinación de la Edición:**

Secretaría General Técnica. Servicio de Publicaciones

**Nº de Registro:** JAOPV/SGT-13-2011

**Depósito Legal:** SE-6454-2011

**Diseño gráfico:** Servicio de Publicaciones

**Impresión y encuadernación:** J. de Haro

Constenla, Tereixa

Relatos pasajeros / [Coordinación de la ed., Servicio de Publicaciones].

-- Sevilla: Consejería de Obras Públicas y Vivienda, 2011.

80 p.; 17 cm.

Contiene: El tren de los pasajeros perdidos / Tereixa Constenla.

Un coletazo a estribor / Juan José Téllez

Edición no venal con motivo de la Semana Europea de la Movilidad 2011.

D.L. SE-6454-2011

1. Literatura española. 2. Transporte público de viajeros. I. Téllez, Juan José.  
II. Semana Europea de la Movilidad 2011. III. Andalucía. Consejería de Obras  
Públicas y Vivienda.

# Relatos pasajeros



Edición no venal con motivo de la  
**Semana Europea de la Movilidad 2011**



## **Presentación**



En este 2011 se cumple la décima edición de la organización de la Semana Europea de la Movilidad y, como cada año, la Junta de Andalucía, junto a muchas ciudades andaluzas, se suma a esta iniciativa con el objetivo de promover la utilización de modos de transporte más saludables, seguros y sostenibles en nuestras ciudades.

Fue en 2002 cuando la Comisaria Europea de Medio Ambiente, Margot Wallström, tuvo la iniciativa de proponer la celebración de la Semana Europea de la Movilidad a los responsables del transporte urbano en los países, regiones y ciudades europeas. Esta iniciativa tiene el objetivo de sensibilizar a los ciudadanos en el uso de los modos de transportes más saludables (el transporte público, la bicicleta o, sencillamente, el desplazamiento

peatonal), a través de una serie de campañas y actividades desarrolladas a lo largo de una semana, en esta ocasión entre el 16 y el 22 de septiembre. El 22 de septiembre se declara Día Mundial sin Automóvil, cuyo objetivo es ese: que al menos un día dejemos el coche en casa.

Esta celebración tiene fundamentalmente un carácter simbólico en un doble sentido: que se desarrolle simultáneamente en todos los países de la Unión Europea, unidos en este caso en el objetivo común de avanzar en la consecución de una movilidad urbana más saludable y sostenible; y en segundo lugar, su carácter simbólico se basa en que la Semana de la Movilidad tenga un efecto-demostración sobre los

objetivos a conseguir de forma estable y extendida al conjunto de las ciudades europeas, y en las prácticas diarias, en los desplazamientos urbanos.

El crecimiento y expansión física de nuestras ciudades, la especialización funcional de los espacios urbanos que supone la segregación material entre los lugares de residencia, trabajo u ocio y, por tanto, el incremento de la movilidad de la población, el uso del automóvil privado como modo de transporte preferente y preferido, frente al transporte público, han dado como resultado la apropiación del espacio público por el vehículo privado y el incremento del tráfico en las ciudades hasta niveles nocivos para la salud pública: congestión viaria, consumo energético, concentración de

emisiones de CO<sub>2</sub> y deficiente calidad del aire que respiramos, stress, accidentes de tráfico... son las consecuencias más evidentes de este modelo urbano y de movilidad. Así, en relación a la información sobre accidentes que la Dirección General de Tráfico facilita de forma continuada, tenemos una tendencia a considerar que se producen sobre todo en las carreteras. Sin embargo, de acuerdo con el mismo organismo, el 54% del total de los accidentes con víctimas, el 50% de los heridos y el 22% de los fallecidos por accidentes de tráfico se producen en las zonas urbanas.

Es por ello por lo que los responsables públicos del transporte en las ciudades y áreas metropolitanas tenemos el deber

tanto de potenciar los modos de transporte más saludables a disposición de los ciudadanos, de forma que éstos sean competitivos y resulten más eficientes, fiables y seguros que el transporte privado, como de impulsar un cambio cultural a favor de la utilización de estos modos de transporte.

Desde la Junta de Andalucía, y en el ámbito de nuestras competencias, dichos objetivos están recogidos en el Plan de Infraestructuras para la Sostenibilidad del Transporte en Andalucía (PISTA), en ejecución desde 2007, bajo cuyas directrices se ha iniciado la construcción de una red de metros y tranvías en las principales áreas metropolitanas de la Comunidad Autónoma, debiendo ser destacada la entrada

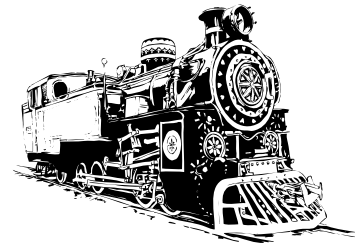
en servicio del metro de Sevilla (que ha superado los 32,5 millones de viajeros desde su puesta en explotación en abril de 2009), la finalización del tranvía de Jaén y el avanzado estado de las obras en otros ámbitos metropolitanos.

Asimismo, se han constituido, en colaboración con Ayuntamientos y Diputaciones Provinciales, la red de consorcios de transporte en las áreas metropolitanas de las ocho capitales de provincia y en el Campo de Gibraltar. Hoy esta red de transporte metropolitano da servicio a 5,38 millones de habitantes en 194 municipios andaluces, se han contabilizado cerca de 49 millones de viaje en 2010 y la red ha emitido 663.894 tarjetas (a cierre de junio 2011).

Sin duda, aun queda camino por recorrer en la consecución de infraestructuras y servicios de transporte metropolitanos sostenibles, que deben ser también el resultado de la cooperación institucional entre las administraciones competentes, pero, al menos para la Junta de Andalucía, el mismo constituye una prioridad en sus políticas de transporte.

Con la publicación que hoy le entregamos queremos visualizar algunas de las ventajas de la utilización del transporte público: llegar a tiempo a nuestro destino y de forma más segura, y tener la oportunidad de dedicar ese trayecto a la lectura.

*Josefina Cruz Villalón*  
*Consejera de Obras Públicas y Vivienda*  
Junta de Andalucía



## **El tren de los pasajeros perdidos**

Tereixa Constenla

Aún le goteaban las sensaciones del sueño cuando cruzó el vestíbulo en dirección al andén. Le sorprendió ver junto al banco varios rostros nuevos y ni rastro del suyo. Desde hacía un año y dos meses se encontraban cada mañana en citas impuestas por la rutina y el azar, pero cada mañana seguían simulando que eran dos desconocidos que coincidían en la estación por primera vez. Así que ni siquiera se concedían una mirada de reconocimiento ni un buenos días soñoliento y escueto. Para suavizar la ansiedad se refugió de nuevo en el reciente sueño en el que ella avanzaba a zancadas sobre la vía con una camiseta que le había encendido como a un adolescente en cuanto leyó: “A veces ángel a veces demonio pero siempre yo”.



Cuatro minutos. Venía justa.

En el sueño, mudo, tampoco se desvelaba el secreto de su voz. Durante una temporada fantaseó con acentos, entonaciones y dejes. En la alcoba, cuando su mujer se dormía, ensayaba conversaciones ficticias en las que ella dejaba escapar un seseo tenue mientras le susurraba promesas inagotables. Cuando trataba de desmerecerla para rebajar aquella comezón que le estaba minando el sosiego, le atribuía un tono áspero de vocales exageradamente abiertas. Concluyó el juego una noche de insomnio que se le hizo tan doliente la necesidad de oírla y distinguirla entre los demás que renunció a seguir especulando con su voz y le adjudicó para siempre la de una locutora que escuchaba las perversi-



siones nocturnas del personal con una mezcla de asepsia e ironía que inspiraba respeto.

Tres minutos. Se retrasaba.

No se la arrancaba de la cabeza, aunque al principio tardó semanas en fijarse en ella. Estaba tan acostumbrado a la soledad de la estación a esas horas de la mañana que le costó integrar en su rutinario cuadro aquella figura desaliñada que llegaba envuelta en un rastro de sábanas. Era frecuente verla atrapada entre botones que lucían el paso cambiado o exhibiendo las costuras interiores del jersey. Al principio siempre llegaba muy justa, con el andar apurado y el rostro encendido de quien acaba de echar una carrera. Era fácil imaginarla



remoloneando en la cama después de haber maltratado el despertador hasta que se obligaba a brincar y trincar cosas de aquí y de allá para salir pitando hacia el tren de las siete y diez.

Dos minutos. Lo perdería.

Lo cierto es que en los últimos tiempos había cambiado. A veces se la encontraba paseando por el andén luciendo el aire vigilante de quien lleva varias horas despierta. Había cambiado, no tenía ninguna duda. Dejó de ser la mujer adormilada con la que esperaba el tren cada mañana. Perdió aquel aura vulnerable que envuelve a los seres poco madrugadores cuando van contra su naturaleza que tanto le había cautivado, pero lo descubrió tarde, cuando ya se había



cegado por completo. Hacía cosa de medio año o así que comenzó la metamorfosis. Primero le había sorprendido con un afán literario que no había exhibido hasta entonces. Se sentaba en el banco cada mañana con un libro abierto de par en par, abstraída por completo de la realidad hasta que escuchaba el pitido del cercanías. Recordaba perfectamente los títulos porque había corrido a comprarlos para almacenar un mundo en común. *Extraños en un tren, El vagón de las mujeres, El hombre que miraba pasar los trenes, Asesinato en el Orient Express*. Los había guardado con delicadeza en el cuarto de las herramientas para evitar intromisiones indeseadas de su mujer. Igual que había llegado, la fiebre lectora se esfumó de súbito. Y entonces comenzó la mutación. Se cortó



el pelo y comenzó a lucir faldas estrechas que la dibujaban sinuosa desde las rodillas a las caderas. Aquella nueva imagen la hacía cada vez más lejana, demasiado segura de sí para abordarla con éxito. Por experiencia sabía que las mujeres sólo se transformaban así cuando se sumergían en alguna pasión. No tenía dudas.

Un minuto.

Vivió hundido durante semanas torturándose por haber renunciado a la batalla de su vida. Mañana tras mañana se había montado en el tren mientras la estaba perdiendo. Se arrastraba hasta la estación, deseándola y odiándola sin contradicciones. A hurtadillas la miraba, ajena, crecida, sugerente. Anhelaba no



haberla conocido, incapaz ya de pensar en acercarse con una excusa cualquiera, incapaz incluso de suplicar por un milagro que forzase una conversación entre ambos. Aquella extraña le había robado la paz poco a poco, mientras simulaban no conocerse en el andén y, ahora, carecía de sentido romper el silencio. Ocultó su naufragio tan poco y tan mal en casa que su mujer le había dado un ultimátum si quería evitar el divorcio. Las vacaciones de agosto le habían venido bien para reflexionar y calmar la zozobra. Se fue resignando suavemente mientras cabeceaba durante las siestas en las que ella se instalaba como un sueño inalcanzable que le devolvía a la niñez. A la vuelta de la playa había hecho lo único posible: llamar a su jefe para pedirle un cambio de horario.



Había olvidado que hoy era el primer día que cogería el tren de las ocho.

De cola.

No dejaba de darle vueltas y vueltas. Jamás había fallado. Aquel tipo siempre estaba allí, esperando el de las siete y diez. Lo había visto apostado junto a una de las columnas del andén incluso con cara de fiebre. Se fijó en él durante un chaparrón porque llegó con la cara empapada de pocos amigos y admiró su temprano malhumor. Como otra gente fácil de contentar, envidiaba a los seres de mal genio porque lo confundía con el exceso de personalidad. Con la lluvia se fueron los últimos rescoldos del episodio con su monitor de natación, un tío que acabó hartándola porque siempre es-



taba entre dos aguas, nadando y guardando la ropa. De paso, el chaparrón le incendió la curiosidad por aquel hombre que no reparaba en ella. Meses y meses después seguían siendo dos extraños que esperaban juntos el cercano. Probó a romper la incomunicación con el lenguaje de los libros y, como algo natural, se estrenó una mañana con la obra de Patricia Highsmith: *Extraños en un tren*. No surtió efecto y buscó en la librería nuevos títulos que se ajustaran a su estado de ánimo. *El vagón de las mujeres* era vago, pero más sugerente que el primero. Lo leyó en una semana sin que su acompañante mostrara la menor curiosidad. Comenzó a desesperarse porque aquel desconocido le interesaba cada vez más, convencida de que estaban hechos la una para el otro. Decidió



ir al grano con una obra de Simenon: *El hombre que miraba pasar los trenes*. Pero no ocurrió nada. Nada. Quería morir. Quería matarlo. Se irritó tanto que a la semana se presentó en la estación con el clásico *Asesinato en el Orient Express* pero ni siquiera Agatha Christie hizo que se inmutara. Optó por una táctica clásica. Se cortó el pelo y se ciñó las ropas. A finales de julio, creyó adivinar en él un ademán como de ir a decirle algo que no se materializó finalmente. Lo había añorado terriblemente durante las vacaciones de agosto y había decidido que el primer día de septiembre, mientras esperaban el tren de las siete y diez, lo abordaría con lo que fuese. Cualquier cosa antes de perder otro tren.





**Un coletazo a estribor**

Juan José Téllez

—Son delfines. Seguro que son delfines—.

Desde aquella noche en la que asistió a los más extraordinarios acontecimientos de su vida, cada vez que sentía un coletazo a estribor, Paco Jarana prefería pensar que era por causa de alguna de esas manadas saltarinas que buscaban las aguas abiertas del Estrecho. Pero, quienes le conocían, advertían que cualquier leve zarandeo le despertaba cierta inquietud despavorida, un gesto o una mirada apenas, pero que delataban pánico o incertidumbre, quizás ambas emociones al unísono. Ese reconcomio suyo venía de cierto tiempo atrás, de una madrugada de primavera, cuando hasta aquel momento él sólo sentía miedo —aunque fuera mucho— por la mar entera, por esa montaña de agua cuyo



color se camuflaba siempre como un traje hecho a la medida del cielo.

Ocurrió en el noventa y tantos. Tuvo que cubrirle unos cuantos turnos de noche a Pepe el del Vapor, que ya andaba el viejo al borde de los 80 tacos. Era la Feria del Puerto y el Ayuntamiento o la empresa le vieron color a la idea de fletar unos enlaces especiales para quienes quisieran ir y venir desde Cádiz, como si los gaditanos anduviesen sobrados de ganas y de posibles para irse de fiesta más allá del Trocadero. Una ruina, aquello fue una ruina, como se veía venir desde que le avisaron para que se pasase por el Bar Liba, porque había faena y podía interesarle. Paco Jarana se embarcaba a disgusto desde que resultó ser el único superviviente que se libró del hundimiento



de un pesquero que faenaba en el banco subsahariano: largas horas con el salitre y el gasoil quemándole el cuerpo, el frío comiéndole por dentro y la angustia arrebatándole los redaños que le quedaban. Pero, ahora, de nuevo en tierra firme, había que seguir calmando la gazuza y que no le echaran de los bares. A lo largo de su vida, sólo había conocido un oficio, el de aguardar que el tiempo pasara, creyendo que el mar era el vivir. Él, desde luego, vivía al salto y oficiaba todos los grados de la marinería, según anduviese su gana o su bolsillo. Jarana tenía para sí la ocurrencia aquella de Ignacio Ezpeleta que cuando Federico García Lorca le preguntó en qué trabajaba, repuso al punto: "¿Trabajar yo? ¡Si yo soy de Cádiz!". Además, atravesar la Bahía era un dos más dos suman cuatro. Y no hacía



falta ser el comandante Cousteau para recordar los meandros y bajíos, o las ocasionales hoyas, ya que el colmo de la pericia estribaba en ganar suavemente el escalón que mediaba entre el río y la mar, pues una maniobra brusca hacía temblar al Vapor y veces hubo en que agotaron las tiritas y el mercurio cromo del botiquín, atendiendo rasguños, desollones y arañazos.

No se trataba, pués, de hacer las Américas, ni de doblar el Cabo de Buena Esperanza. El sueldo no era un dineral, pero algo era algo. Además y por la generosidad de Pepe, ya había cubierto antes alguna que otra suplencia, por lo que no creía que nada fuera a provocarle un gran quebranto. Se las prometía relativamente felices y lejos estaba de



imaginar las singulares peripecias que iba a afrontar, aquella vez, a bordo del "Adriano III". Parecía un barco tan jovial como un adolescente enamorado. Pero era algo más que una nave de aire antiguo, coqueta y alegre, sino que en su puente viajaba la memoria de varias generaciones que cruzaban desde El Puerto de Santa María a Cádiz, ya soplasen guerras o levanteras, mares de leva o mares de lágrimas. Más lento que el caballo del malo y que un desfile de cojos, de tarde en tarde, cuando su estrecha sala de máquinas pedía a gritos una puesta a punto. Orgulloso, sí, un fin de raza. Su singladura diaria formaba parte de una de esas leyendas veteranas y amables con que los gaditanos van componiendo la banda sonora de su melancolía.



Así que Paco Jarana subió al puente sin demasiados malos barruntos. Cascarrabias, tan sólo maldijo que le hubiesen contratado para hacer de búho, porque él creía que la noche era para el placer y para la bebida, lo que desde hacía mucho significaban lo mismo en el diccionario de sus costumbres. No había mal que por bien no viniese. Si había logrado el empleo era, precisamente, por causa de aquel disparatado servicio a las tantas del gallo, para recoger a las sucesivas hordas de molletosos que venían de la Feria de El Puerto y regresaban a la capital dando más *camballás* que el propio barco cuando pasa la barra del Gualdete y entra en el mar abierto. Noche cerrada, sin luna siquiera, las breves luces y un nota subiéndose a la borda de babor, imitando a Erroll Flynn como si



fuera un corsario de agua dulce, aún a riesgo del hombre al agua: “Pues como se caiga, a ese se lo jaman los cazones, porque yo no salto a salvarle”, le avisó Jarana a su segundo, un pibe de ojos gazmoños, que le admiraba como si aquel enorme tonel de vino y desesperanza fuera el mismísimo capitán Ahab, uno de esos lobos de mar muy raro y con barba sin bigote, que él había leído en un tebeo que persiguió hasta su muerte a una enorme ballena blanca.

Desde luego, no era la tripulación habitual del Adriano III. Y no sólo porque no estuviera Pepe: José Fernández Sanjuán, 68 años lo menos con las manos en el timón. Es que tampoco se enroló esa noche su hijo Juan y el único que aceptó doblar turnos fue Miguel Gómez,



que siempre se las avío requetebién de mecánico, un Macgiver que inventaba salidas para todo y salvaba cualquier dificultad en los motores, con la intuición de aquellos que llevan tanto tiempo desempeñando un trabajo que desconocen donde queda la frontera exacta entre su *currelo* y el resto de su vida: “Los motores son como las personas – solía predicar –. ¿Tú no distingues los pasos de tu madre cuando suben por la escalera? ¿La tos de un pariente o de un amigo? Eso mismo pasa ahí abajo. Cuando escucho algo que no me cuadra, no me hace falta verle la cara para suponer qué le está pasando a esa máquina”.

“Este barco tiene más leguas que el submarino de Julio Verne. 250.000 y no le bajo ni una”, le había soltado Pepe al



contratarle el chapuz, en la terraza del bar Liba, delante de un café de asientos y zurrapas parecidas a las que dicen del Milindri.

El “Adriano III” lleva en su veterano maderamen aroma gallego de Mañinos, en cuya playa construyeron a su abuelo y a su padre, el I y el II, que vienen de antiguo. Por su quilla chorrea todavía sudor del astillero de San Adrián, que queda por Vigo si usted no lo sabe. Lleva olor a ría y sabor a vendaval sobre el cabo de Finisterre. Esta historia no empezó ayer, oído al parche: el patriarca de los Fernández, un tal Antonio, dicen que llegó a fundar el ferrocarril en Cuba. Venían de Galicia, pero Cádiz y Galicia siempre fueron una misma cosa: “Gente de mar y de freidores – le había repetido el viejo



Pepe durante aquel desayuno, como si a Paco Jarana le interesase la vaina — . Yo eché los dientes de timonel. Desde los 19, a bordo del Adriano I, que iba desde Sanlúcar a Sevilla cuando la Exposición del 29. A El Puerto, llegamos con nuestro barco cuando un *explotijo* en el muelle de las Galeras Reales mandó al carajo al Cádiz, que era el que antes hacía esta ruta. Ni tardes de toros tengo yo vistas. Como cuando Chano Lobato, el que le cantaba a Antonio el Bailarín, se vestía de marinero de reemplazo para que le dejaran entrar de balde a las corridas. Pero ya nada es igual. Ni el Vapor es el Vapor, porque ni siquiera va a vapor, las cosas como son. Diesel, gasoil puro. Motores de explosión, motores de explosión. Cualquiera día explota el mundo y se acabaron las tostadas”.



La biografía de Paco Jarana había conocido mejores fechas. Algún viaje a América y sus incursiones en las pesqueras de África pasaban por ser las cumbres mayores de su historia personal. Había sido uno de esos hombres errantes a los que el sufrimiento hacía incapaces de distinguir el bien del mal. Buscavidas de los buenos, de esos que lo mismo ofician en la cuadrilla de un torero que de recadero de un concejal, o descargan cajas en la lonja e invierten las ganancias en cerveza, hasta que la tripa les abulte tanto que ya no les contraten ni en la colla. A él, no le privaba El Puerto de los grandes bodegueros, con familias de apellidos largos y remotos, sino aquella otra sociedad donde reinaban las barbas de tres días y los motes de varias generaciones: Cándida



La Negra, El Tronqui, Alonso el del Cepillo o Perico el Loco, que cuando se *peía* parecía que estaba *porío*, El Ratón y El Pelete, El Cagón Veneno, La Bilili y la Tormenta, El Tragedia o el Cabo Perrita, el Moniato y el Patrecrisma, el Rey de la Pringue o el Rey de los Papeles, Ricardo el de las Gomas, El Bigote de Vistahermosa, El Obispo y El Requeté, El Portugués y El Chino, Los Pescaofritos, el Luki-buki o los Zacatecas, El Cota que tenía la picha rota, El Labio Gordo, Jeroma la del Planchero, El Corneta que tuvo una venta, La Farfolla o el Garigua, que como cuenta la copla, cuando murió se lo llevaron volando los cigarrones. Hasta los criminales tenían apodos populares y evocadores: “¡Fíjate, si no, El Arropiero, que cuando lo trincaron aquí confesó crímenes cometidos a la misma



hora en cinco sitios distintos”, se lo soltaba Paco Jarana al grumete zangolotino, que le seguía mirando embobado y a Miguel Gómez, que se preguntaba si esa mole de sebo iba a ser capaz de llevar al Vaporcito a Cádiz o a lo peor el peso provocaba que se escorase el navío hasta irse a pique.

Desde luego, aquel cascarón de nuez era una bañera, por más que tuviese más de veinticinco metros de eslora o casi ocho de manga; pero sobrado iba para cruzar la balsa de aceite que siempre fue la Bahía, por más que la gente contara aquella ocurrencia de Caneco, el flamenco que llevaba a Cádiz a su mujer para que la vieran los médicos y cuando la motonave empezó a cabecear y a trastabillarse no más llegar al



mar abierto, mientras se *jiñaba* ella no paraba de vociferar: “Antoñito, Antoñito, que se *junde* el vapor, que se *junde* el vapor...! Y el gitano, que estaba hasta la coronilla, terminó por contestarle: “Bueno, hija, déjalo que se *junda*! ¿Es tuyo, acaso?”.

Lo que es la Bahía, le gustaba: echar el chambel, o la caña, a la busca de lisas aunque fuesen mojoneras. Y contemplar, a la luz del día, ese largo espectáculo profundamente azul, con las alas de las alcas y las gaviotas batiendo por la parte de la Punta de San Felipe, o los cormoranes y somormujos a la altura del puente. Y rumbear por los caños que el mar había ido abriendo sobre el lecho fangoso que ahogaba el río. El estuario, el viento siempre, la tufarada a *tajaitas*



de freidor, arroz, frijones y cangrejos cocidos, los montículos de sal, el cante por fiestas, esa era su patria.

Paco Jarana se había vuelto a sentir un rey no más entrar a la cabina del Vapor. Y eso que le había cogido jindama a la navegación, hace mucho, cuando iba de marinero competente en un mercante que hizo aguas no más doblar Punta Carnero, o cuando sobrevivió, ocho horas aterido sobre un tablón de madera, al naufragio del palangrero “Niebla”, por la parte de cabo Jubi: “Como decimos los marinos de aquí, sólo me queda pasar un tercer naufragio, para no morirme nunca”, solía repetirse como para convencerse a sí mismo de que aún podía subir a uno de esos cascajos de madera y de hierro, con olor a brea, a alquitrán,



a rancho y a hombres que no se duchaban a menudo. Pero se hacía el longuiscada vez que los armadores buscaban tripulantes desde el pesquero a la fuente de las Galeras, donde amarraba el Vapor. Así que, aquella noche, sentía aún mariposas en el estómago, cuando el chavea soltó los amarres del noray y salieron al río con las luces puestas.

“El río no siempre fue igual –le iba diciendo—. Ya no está siquiera esa torre mirador que se contemplaba en la ribera y que la tumbaron en tiempos de Franco, cuando no sólo tumbaban las torres miradores sino a todo aquel que rechistase. Ese señor, ese tal Antonio, que escribe tan bien por más que sea granadino mala follá, dice que la gente pierde la memoria cuando cruza el Guadalete de



un lado a otro. Yo lo hice a menudo, desde el muelle de San Ignacio al puente de San Alejandro, cuando las competiciones de natación; y lo único que perdí fue el resuello y la carrera, porque siempre ganaban El Papi o El Veneno. Y eso que yo era un brazo de mar desde que era un *micurria*, pues no tenía ni diecinueve cuando crucé el canal, desde La Puntilla a Valdelagrana, *ole* mis huevos”.

Un matrimonio con bata de lunares y traje corto así como otro de paisano, con dos niños cargados de juguetes de tómbola, cidra alicantina y los palitroques del algodón dulce. Ese era el grueso del pasaje. Sin contar al menda que se las daba de pirata y que seguía subido a la banda de babor como si fuera a asaltar un galeón cargado con doblones espa-



ñoles. Más una parejita que se daba el mate en la parte de popa. Ni el bar estaba abierto ni se veía un pijo: “El barquito de vapoor –desentonó Paco Jarana por Camarón de la Isla–,/ está hechoooo con la ideaa.../ que en echándole carbón,/ navega contra marea”.

–Son delfines, seguro que son delfines –había dicho, también, aquella noche, no más escuchar el coletazo aquella famosa noche en que su mundo cambió para siempre.

Claro que, antes, hubo un aviso. Como digo, Jarana estaba canturreando y se paró en seco. Oía algo, pero no sabía qué. Se echó a gollete una Cruzcampo y lo oyó con más nitidez. A lo lejos, como si fuera un eco de la calle del infierno,



de aquella remota batahola de norias y carricoches, carruseles infernales, gusanos locos o montañas rusas. Pero no podía ser, no podía ser, pues toda aquella algarabía quedaba por la parte de la carretera de Sanlúcar, demasiado lejos de la ribera, demasiado lejos de aquel cauce habitualmente verde, Guadalete le dicen, que en el idioma de los moros quiere decir río del olvido, cuajado de pesqueros y que en mitad de las tinieblas parecía un río negro, sin que nada ni nadie se reflejara en sus aguas tranquilas. Tampoco parecía cosa de una de esas discotecas de rayo láser o de los pubs semidesiertos por la competencia de las casetas. Ni se trataba, desde luego, de la algarabía de los chiringuitos playeros, que aún no habían abierto a aquellas alturas de la temporada. Y tampoco



existía ya el Oasis, ni el ciego que allí tocaba el piano, o las viejas orquestas de aquella juventud suya, prometedora y perdida: Los Blend y Los Radars, Los Simbroni y la de Pepichi Nogués o la de Los Javegotes, que traían de Málaga para aquellos bailes agarrados o sueltos, a ritmo de “un sorbito de champán”, “coge tu sombrero y pónelo”, “chibiribirí po-po-po-pom”, o del “Tío Calambres que dio su sangre *pa* mi salud”.

No, no era nada de aquello. Ni se diría que nada humano. Pero era música. Paco Jarana estaba seguro de haber oído un canto extraño, gutural, que parecía salir de las profundidades, como si fuera la voz fantasmal de alguno de esos supuestos habitantes de La Atlántida, que la leyenda colocaba justamente allí,



en ese mar de faros diminutos y arrecifes peligrosos, con la marea engañosa y, allá a su frente, los muros abaluartados del viejo Cádiz, alzándose como un firmamento de piedra al cabo del horizonte. Alguno de aquellos fantasmas sumergidos que, cuando la marea estaba baja, Pericón veía aún salir de sus casas e ir a los bares o al mercado, en las ruinas que a veces se vislumbran a la falda de la Alameda de Apodaca. Pero Pericón ya murió, como todo lo que alguna vez fuera suyo, rezongaba Paco Jarana: luminosas tardes de corridas, gente sin dobles y generales sin escrupulos, o la juventud, como un cántaro de agua roto entre sus dedos. Por aquel entonces – se puso a evocar Paco Jarana al hilo de aquellos viejos recuerdos –, El Puerto era otra cosa, un puñado de ca-



sas y todo el mundo en la suya, sin tanto turismo y sin tanto tonto. “Los señoritos eran unos cuantos y los demás éramos como una sola familia”, soltaba Filemón, uno de los parroquianos habituales del Liba. Cuando llovía a mares y los pesqueros no podían zarpar, tocaba esperar las canales, en el viejo cine con olor a zotal, engollipándonos de alcatufas, chochitos y pipas de calabaza, o entre las tascas de la ribera y de lo que no era la ribera. Y cuando las calores, lo mismo cada año: todo el mundo a la playa, a que le partieran el higo los vendedores de chumbos. Antonio Muñoz Cuenca, que se deja caer de vez en cuando por allí, se acuerda todavía de aquel brebaje, ¿cómo le torcían?, Volpa anti-sed, que fabricaban en la calle La Rosa, o de los espumosos de Valdelagrana y



las gaseosas Rivas, para aliviar el luto húmedo del sudor, bajo esa alferecía tremenda que asaltaba las callejuelas cuando el sol caía a plomo en la hora de la siesta. De los mantecados de Navidad, la ciudad pasaba a los mantecados helados, de chocolate y vainilla, en un plisplás de primavera tímida y barquillos de canela, breve pero hermosa, que moría cuando el gentío bañista brincaba al coche Botello, aquel autobús lila que iba desde la plaza de las Galeras a la playa de La Puntilla, donde los pudientes se arrellanaban en la caseta del Murga y el resto se contentaba con que los aguadores le echasen un trago.

A Pepe el del Vapor, se lo había dicho. Aquel día que lo llamó al “Liba” y le propuso lo de volver a navegar, aunque



sólo fuera por tres noches. Se lo confesó. Que sentía algo de canguelo. Pero le gustaba aquella motonave y aquella copla de “Los hombres del mar”, de Paco Alba, que los gaditanos siempre cantaban como un himno: “Hay en mi tierra un barquito, más típico no lo hay...”. Y, ya con frecuencia borrachos, gesticulaban: “Los grandes mercantes tocan la sirena al verlo pasar. Como ronea, como reluce, sobre las aguas plateadas y azules...”.

—Tengo miedo, Pepe, tengo miedo—, le dijo. Y ahora siente más *canguelo* todavía, porque esa música rara había parado un rato atrás, pero acaba de notar un golpe seco contra la parte de estribor, no más haber salido a mar abierto, no más haberle dicho a su aprendiz lo de los tres naufragios: —Pierde cuidado,



cagueta— ante un café bebido aquel día en el Liba, había intentado tranquilizarle el viejo pijota, que ya andaba malusquillo por aquellas fechas y medio quería hacerle un favor al gordo Jarana, que sobrevivía de jalarsé pescado en sobrehúsa, ciruelas macocas y bebas o almendras moyares. Nunca se ha hundido un vapor. Claro que este se irá a pique cualquier día, pero no por los golpes de la mar, sino por los 16 millones de pesetas al año, que vale mantenerlo. Sin más ayuda que lo que pagan los cuatro embarcados, esos cuantos guiris, los cuatro o cinco estudiantes y al ejecutivo ese al que acaban de prejubilarse y tiene vergüenza de que se enteren en su casa. Maldita sea ese Cádiz mío que siempre tiene en la boca sus tradiciones, pero nunca se rasca el bolsillo para



mantenerlas. Desde que inventaron el puente Carranza, este barco y nosotros pasamos de moda”.

“El Adriano I, sí que tenía averías, Paco Jarana. Cuando no estaba en dique seco, era porque le faltaba un cuarto de hora para estarlo. Yo me acuerdo de su chimenea enorme y de las tres cubiertas del Adriano II, las tengo en el sentido, perfectamente. Y que, entonces, ya no sólo volvían a Cádiz los aficionados al toro sino que iban y venían, de una orilla a otra fieles del Corpus o del Trofeo Carranza; pero no era lo mismo, porque no hay color entre una cosa y la otra; pues en el fútbol no hay trajes de luces ni de comunión, ni la gente bebe reposadamente vino en sus asientos o reza en voz alta sino que en vez de ir vestido



de pan *mascao* con una niñata vestida de reina por un día, o en vez de tirar elegantes almohadillas cuando un matador la pifia, se ponen a pegarle botellazos al linier o al que va a sacar de corner”.

Lo cierto es que en alguna que otra ocasión, mucho antes de todo aquello y porque andaba asfixiado y a dos velas, Jarana se había enrolado ya en el Vaporcito para cubrir suplencias o vacaciones, de mecánico o de piloto, de lo que pillara. Y pasó sus apuros, sus entredichos de valor y cobardía consigo mismo, que tanto le apesadumbraban, pero no, no, nunca como aquella noche de un mes de mayo, cuando no le llegaba la camisa al cuerpo: “Son delfines, seguro que son delfines”, se había dicho a sí mismo. Luego, a media voz, repitió la frase por



si tal vez pudiera conjurar el peligro que estaba intuyendo que se cernía sobre el bajel y sobre sus ciento y pico kilos en canal. Eructó la cerveza para no escuchar el castañeteo de sus dientes.

Al rato, volvió a notarlo. Más fuerte esta vez. Parecía, desde luego, un coletazo. y un viajero melindroso dejó escapar un chillido de inquietud, que intentó disimular sin suerte delante de su mujer y de los niños adormilados. Como hacía rasca y su *mijita* de viento, el pasaje se guarecía en la cubierta inferior. Hasta doscientos podían viajar sobradamente a bordo, puesto que no se trataba de ninguna chatarra comida por el óxido. Cuando hacía *solecito*, daba gusto ver a los extranjeros y a los madrileños en bermudas, poniéndose como salmone-



tes en la cubierta superior o en los bancos de la quilla. Ahora, no distinguía a sus clientes nocturnos, pero si hubiera echado un vistazo, se habría dado cuenta que el matrimonio que no iba disfrazado de feria se había quedado sopas, que la parejita seguía dándose un muerdo sin coscarse de nada y que el mamaracho de Errol Flynn tenía que haberse percatado de que no todo iba bien, porque dejó de hacer el chorra y decidió sentarse en una de las banquetas, más buenecito y quieto que un niño castigado sin su consola de videojuegos.

El tercer empellón les puso la carne de gallina. No cabía ya la menor duda de que un pez gigantesco, no sé, algún submarino, un platillo volante, yo que sé qué cosas, golpeaba la embarcación, sin



que supiera el motivo ni a qué se enfrentaba a ciencia cierta. Delfines, volvió a decir Paco Jarana. Seguro que son delfines, pero cuando una formidable figura emergió ante su vista, se dio cuenta que era más grande que Barcelona.

La mole levantaba no menos de cuarenta metros de alto, chorreando océano por los cuatro costados, una gigante de carne y de escamas, con pechos generosos y cuerpo escurridizo, como la cola formidable con que golpeaba el tambor de la superficie marina. No sabría decir Paco Jarana, en el corazón de las tinieblas, de qué color eran los cabellos de la aparecida; o si aquel amasijo de redes y de pelambre, de algas y morralla guardaba alguna relación, próxima o distante, con el pelo humano, o eran lianas de



algún lugar pantanoso o jarcias de ga-leones antiguamente hundidos.

Transmitía una rara pestilencia, tal que si fuese la arena de una tumba removida por la lluvia o por una horda de saqueadores ebrios, que olieran a azufre. Paco Jarana se quedó mirando su espantable rostro, al menos por aquel segundo eterno que tardó en volver a las profundidades. Cutis de mujer y pico de ave, como a un pájaro también se asemejaba por las alas poderosas pero aparentemente inútiles que vislumbró en su espalda mientras se hundía de nuevo. Lord Byron la había contemplado aquí mismo, en Cádiz y así lo dejó escrito, pero él no tenía ni pajolera noción de quien era Lord Byron. Y la única sirenita que últimamente le sonaba era la de Walt Disney.



En otro tiempo, había oído hablar de las sirenas, claro. En las tabernas portuarias, cargadas de humo y de gente que nunca se acostumbra a pisar tierra firme. Gente que no pierde el tiempo, viendo la televisión o leyendo la prensa. Gente que prefiere transmitirse cuentos y visiones, para comprobar que hay alguien que no les cree locos si refieren que han visto un buque vacío cruzando los mares o un misterioso rayo verde en la línea de la sombra. En uno de aquellos antros, ya no sabe en cual, Paco Jarana recordaba haberle echado un vistazo a una antigua carta marina en la que se señalaban los océanos en donde parecían vivir las sirenas. Pero no sabía un pijo de mitologías, ignoraba que las diosas de la luna huyeron al mar para salvar a sus hijos o para abandonarles a su



suerte, no sabía que el espejo de Afrodita durmió bajo las aguas, ni que también hubo hombres antiguos con cola de pez y que, en rigor, las sirenas podrían haber sido hijas de las diosas de la memoria o de las musas. También las mentaban los poderosos marinos del norte, cuyos dioses habitaban en los árboles y cuyos bajeles parecían dragones. O Cristóbal Colón, que las describió como feas y mudas, cuando navegaba muy cerca de Las Antillas. Desde hacía miles de años, los mares repetían el eco de los versos que declamaban los poetas ciegos del Mediterráneo: “Encantan a los mortales que se les acercan. ¡Pero es bien loco el que se detiene para escuchar sus cantos! Nunca volverá a ver a su mujer ni a sus hijos, pues con sus voces de lirio las sirenas lo encantan, mientras que la ori-



lla vecina está llena de osamentas blanqueadas y de restos humanos de carne corrompida”.

Paco Jarana no tenía ni puta idea de todo aquello, pero estaba aterrado. Así que mandó al chaval a que encendiera uno de los focos que había sobre la cabina y una luz poderosa alumbró los alrededores del falucho, que todavía se balanceaba tras la acometida. Ambos, atónitos, se daban cuenta ahora de que el pasaje llevaba gritando un rato largo, estrechándose entre sí, ya despiertos y despavoridos todos, niños y adultos, espantados por lo que también creían que acababan de ver. Ahora, el mar resultaba fosforescente y blanco, como la espuma que soltaba el Vapor a primera hora de la mañana, con el muelle lim-



pio como siempre le había gustado verlo a Pepe Fernández. Subían burbujas. Del oscuro fondo, saltaban minúsculas pompas que estallaban al rozar el aire. Ella era enorme y era malvada, eso era lo único que Jarana daba por seguro. En derredor, fueron saliendo a flote ramas de corales escarchados, extraños resplandores, hierbas sueltas, pecios y raros artilugios que bien pudieran ser restos de algún tesoro fabuloso. Pero, fuere lo que fuere, todos se quedaron inmóviles, sin ninguna gana de trincar con un gancho cualquiera de tales objetos y subirlos a bordo. Nadie parecía querer enriquecerse. Todos querían, simplemente, contarlo.

Aguardaban lo que temían. Sabían que ella iba a volver, de un momento a otro:



“Son delfines, seguro que son delfines”. Y el gordo creía engañarse y engañar a Miguel, que ya estaba fuera de la sala de máquinas, con los ojos saltando de sus órbitas, como si creyese que no era cierto lo que se figuraba que acababa de vislumbrar de refilón, cuando salió a comprobar qué coño estaba pasando: “No sé lo que es, pero creo que es la muerte”, confesó el marino, el improvisado capitán de aquel falucho, gordo como una asadura y que nunca se había atrevido a enfrentarse a su tercer naufragio.

—Las pesadillas siempre forman parte de nosotros mismos —.

Las aguas se remansaron, pero el vapor no reemprendió la marcha. Los motores habían quedado hechos caca de la vaca,



explicó el mecánico. Y la radio dejó de funcionar con el traqueteo de aquella monstruosa acometida. Estaban, más que nunca, a merced del destino. Y, en la tómbola de la suerte, todas las papeletas jugaban en su contra. Lo revolvieron todo. Pusieron el interior del barco boca abajo, registraron taquillas y escondrijos, pero lo más que encontraron fue una petaca de güisqui naturalmente vacía y un documento semipodrido que resultó ser un carné del Partido Comunista del año 34. Ni escopeta de cañamones ni arpón, ni siquiera un machete. El único arma de que disponían a bordo no era un arma. Eran bengalas quizás de luces de colores, obligatorias en ese tipo de embarcaciones, según exigía el Convenio Internacional para la Seguridad de la Vida Humana en el Mar. Así que mandó a buscarlas a su



paradero habitual y su pinche le trajo el estuche, que Paco Jarana abrió rápidamente como si estuviera acostumbrado a hacerlo todos los días.

Lo que iba para una travesía de cuarenta y cinco minutos hasta la antigua Plaza Mayor de Cádiz, iba camino de convertirse en una larga vigilia, el nervio tenso y la duda sobre si hacer sonar las sirenas –po, po, poooo– y atraer la atención de los guardacostas o de cualquier otro navío que pudiera o supiera auxiliarles. Pero también ese mismo ruido –que Paco Jarana recordaba, sobre todo, de la fiesta del Carmen–, podía sacar de su guarida aquella amenaza majestuosa y bronca, que podía desguazar la nave en un suspiro, como por distracción, ni siquiera con crueldad si me apuran. “Sál-



vanos de todos los hombres que no tienen entrañas para sentir miedo”, era la salmodia que aprendió en la otra esquina del mundo, cuando navegaba en los balleneros y perseguía colosales mamíferos mellados o extensos como islas.

¿Qué era aquella forma devastadora, que le acechaba en la oscuridad? Tenía la sensación de que era tan familiar como su mala conciencia, un exagerado espejo de su largo capacho de miseria y de pecados. Había visto, como en una ráfaga, sus ojos inyectados de rabia y de venganza. Sabía que nada era inocente en aquella mujer, si aquello era una mujer. En aquel pájaro, si podía llamársele pájaro. En aquel pez, que no terminaba de serlo. Volverían, volverían a verse cara a cara, podía jurarlo. Uno



no puede contradecir a su destino. Y, en su recuerdo, patroneaban juergas de botarates, bebercios a la brava en los siete mares del mundo, fulanas que jugaban a ser damas y damas que jamás jugaban. Ni todo el alcohol ni todo el sexo del mundo pudieron anestesiarle su miedo ante la muerte. Pero, de repente, aquella noche allí, en mitad de la Bahía, decidí que había algo que le aterraba mucho más que el patio de los callados. No es lo mismo estar solo que ser un solitario. Y a él, le incumbían ambas circunstancias: lamparones en la camisa, la cama deshecha, un nido de ratas, a veces se sorprendía pronunciando las primeras palabras del día al bajar al bareto a las seis de la tarde. En ningún confín quedaba un alma, se dijo, que pudiera recordarle con un cierto agrado: “Cuando



muera, yo no será nadie. A lo peor, la fortuna me lo está poniendo a huevo para cambiar el desenlace de mi propia historia. Si no me decido a ser un héroe hoy, nunca seré nada”. A Paco Jarana, en aquel momento, pareció encogerle la barrigota y se caló el gorro como si fuera el lepanto de un almirante. La suerte estaba echada y él aceptó las cartas: “Voy a echarle cojones a la cosa”, prometió. Y si hubiera sabido encontrar las palabras exactas habría dicho preferir el mal que aguardaba escondido en las aguas que el mal escondido en las profundas tinieblas del corazón humano, el mal que él había entrevisto a veces en su propio espejo.

Como no creía que hubiera nada peor a la mediocridad de lo que habían sido



sus años hasta aquel momento, se sentó a esperar, como Gary Cooper en *Solo ante el peligro*. Pasó la película de su vida por delante de su memoria. Pasó una eternidad por la vera del “Adriano III”. Su capitán, aquella noche, recordó una leyenda que había oído en Chicla-na: no se qué de un lenguado colosal, acechando en el foso de una iglesia. O aquella historia que gangoseaba en inglés aquel americano que venía de vez en cuando a ver los toros y que un niño de la Universidad le tradujo una vez: un tal Gregorio y un barco llamado “Pilar”, las aguas de Cuba, un pez grandioso picando su anzuelo y una manada de tiburones que lo devoran antes de que llegue a puerto. El cuento de la lechera, pero peor todavía: “Después de bregar tanto, ese hombre se quedó sin nada –se



lamentaba, seguramente viéndose en su lugar –. A la lechera del cuento, sólo se le rompió el cántaro”.

Se diría que reinaba la calma chicha, pero no era cierto. No había calma en aquella espera tensa. Tampoco había más ruido que el vaivén del mar contra el casco y los vanos intentos del mecánico Gómez por echar a andar el motor. Un *tracatracatrá* que no llegaba a rematar nunca en el chasquido seco que indica que todo va bien, que seguimos rumbo, que ya no queda mucho y que Cádiz nos espera.

Pero los sueños, sueños son. De nuevo, se produjo la aparición. Feroz y serena, como una mujer que estuviera nerviosa sin un motivo concreto. Un chaparrón



de agua salada cayó sobre el Adriano. Y lo que se oía a tales alturas de su desventura no era la música misteriosa de las sirenas sino los rezos, los ayes y los alaridos de pasajeros y tripulantes. Casi todos cayeron al agua, no más que el Vapor fuera zarandeado otra vez por su poderosa enemiga. Los más chapotearon pronto entre el oleaje, intentando asirse unos a otros, o trincando entre varios el único salvavidas que tenían a mano para evitar hundirse. Paco Jarana se había atado al timón y logró permanecer a bordo, pero en aquel momento hubiera dado lo que fuese por pisar tierra firme, aunque tan sólo fuera la estrecha lengua de tierra del Faro de Las Puercas.

La energúmena lanzaba bufidos y balan-



ceaba su torso como si pretendiera jugar al voleibol o hacer pie en mar abierto con su escamoso y kilométrico apéndice que a Paco Jarana se le antojaba uno de esos trajes de noche cubierto de lentejuelas. Y no fue lo peor el rugido atroz que cortaba el aliento y paraba los corazones. Por un segundo, se detuvo en mitad de las sombras, dejando ver el latido de las branquias, un raro collar trenzado por mástiles de navíos y una mirada aviesa, como de hiena que aguarda a que su presa muera por sí sola. Lo peor fue su silencio, esa acechanza implacable, esa evidente sensación de infinito vacío, como si justo en aquellas coordenadas todos hubieran llegado al ecuador donde empieza el más allá, si es que hubiera más allá al otro lado de sus fauces. Sus manazas alzaron al Vapor



de nuevo hacia aquel cielo sin luna y sin porvenir. Daba la impresión de ser como una madre enloquecida que no supiera a ciencia cierta si mecer a su hijo o devorarlo.

Haciendo equilibrios, para que aquella sirena descomunal no terminase por arrojarle al aire y a la Bahía, Paco Jarena logró romper la cristalera, colocó el cohete de las bengalas en posición vertical y lanzó una cuyo color rojo brillante, como de treinta mil candelas, se hundió durante algo menos de un minuto en el paladar de la criatura. El “Adriano” cayó al mar con ella, pero las aguas sólo le cubrieron por un instante. El estaba empapado pero vivo, aunque había tragado un largo buche y nunca sabría si aquel suceso podía contar como un naufragio.



Cuando se recobró, fue izando a los otros, apresuradamente, por si acaso volvía aquella bestia a demostrarles que el ser humano sigue sin ser el dueño de la creación. Pero ya no quedaba, a primera vista, ni rastro de la sirena y, por la parte de El Puerto, empezaron a distinguir las luces de un enorme castillo de fuegos artificiales.

Lo siguiente que se le viene a las mientes es el muelle de Cádiz. Él, Paco Jarena, sentado sobre unas sacas y envuelto en una manta. Amanecía. Llegaban ambulancias, llevándose al pasaje. Sonido metálico de las radios. Allí, amarrado al cantil, estaba el Vapor, frágil y esbelto, pero entero y eterno, quizá la única verdad que, por unas horas y en un mar despiadado, había sentido en mitad de



su existencia. El mecánico parecía ileso y el aprendiz parecía tonto. A Paco, se le acercó un tipo bajito pero macizo, como uno de esos dioses de piedra mejicanos. Entre pelirrojo y castaño. Llevaba una libreta y dijo ser periodista. Le preguntó por la sirena: “Las sirenas no existen – masculló –, son leyendas”.

–Pero la gente, no sé, dice cosas– insistió el reportero–. Uno de sus pasajeros me dijo que vio algo, que las han pasado canutas. Que sintieron un enorme coletazo a estribor del casco.

–No diga *carajotás*. Eran delfines– aclaró.

–Seguro que eran delfines–.



El fomento del transporte público en las áreas urbanas y metropolitanas es un objetivo estratégico de la Junta de Andalucía en pro de la consecución de una movilidad más segura y sostenible. El impulso de un transporte público de calidad, eficaz, confortable y respetuoso con el medio ambiente está en la primera línea de las actuaciones que promueve la Consejería de Obras Públicas y Vivienda, cuyas principales acciones se están articulando a través del Plan de Infraestructuras para la Sostenibilidad del Transporte de Andalucía (PISTA) desde el año 2007.

En el marco de este plan, se vienen realizando grandes esfuerzos para la mejora de las infraestructuras y los servicios de transporte de competencia de la Junta de Andalucía. La constitución de consorcios de transportes metropolitanos, los nuevos metros y tranvías, y la mejora de los servicios de autobuses, son ejemplos claros de una nueva forma de entender la movilidad desde una perspectiva más sostenible, saludable y segura.

Este libro de relatos, editado por la Consejería de Obras Públicas y Vivienda con motivo de la Semana Europea de la Movilidad, aspira a convertirse en un ameno acompañante en su viaje y una forma de poner de manifiesto otra de las ventajas de usar el transporte público: su compatibilidad con la lectura.



Edición no venal con motivo de la  
Semana Europea de la Movilidad 2011

